

justo reconocimiento de esta acción de Jalatlaco y de la completa derrota del ejército reaccionario de Márquez. Tan especial recomendación no podía ser desatendida, y Porfirio Díaz á la edad de treinta años y el 23 de Agosto de 1861, diez días después de su brillante victoria, fué promovido al rango de brigadier general por su valor y por sus relevantes servicios en los campos de batalla. González Ortega personalmente le comunicó la noticia en presencia de las tropas de su mando, congratulándolo por haber ganado tan señalado honor, á una edad en que la mayor parte de los oficiales están aún con mil dificultades iniciando sus ascensos en la carrera militar.

## CAPITULO XIII.

### Pachuca y Real del Monte.

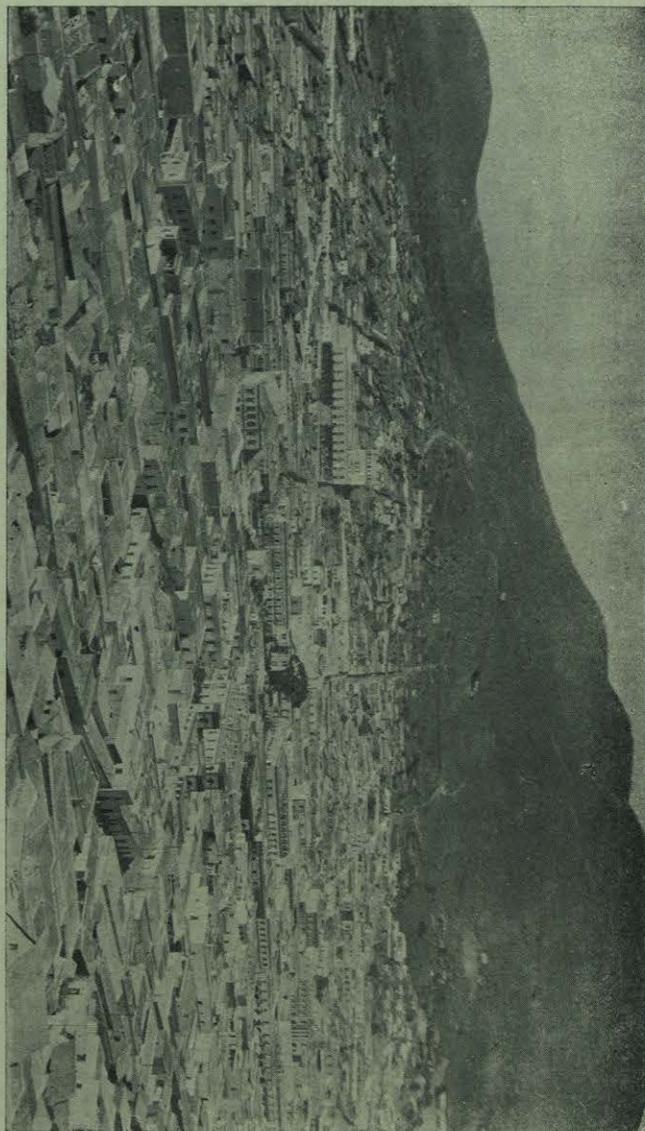
Se acerca á su conclusión el período propiamente conocido con el nombre de "guerras de la reforma." Un nuevo enemigo, y enemigo que era de temer, amenazaba seriamente la existencia del partido liberal, el cual había hecho esfuerzos tenaces para establecer su autoridad por todo el país. Lo eminente de este peligro para la causa liberal animó á los conservadores, que lo usaron como una palanca para incorporar reclutas en sus filas. Todo el mecanismo é influencia de la Iglesia fué puesto en la balanza del lado de los reaccionarios. Esto explica cómo era posible á jefes como Márquez reorganizar después de tremendas derrotas como las de Tehuantepec, Oaxaca y Jalatlaco, sus dispersas fuerzas y aparecer en el campo en poco tiempo con otro ejército numeroso y fuerte.

Después del ataque nocturno sobre Jalatlaco por el grupo de valientes encabezados por Díaz, y de la dispersión de las fuerzas de Márquez, aprovechándose de la circunstancia de que González Ortega no se hizo cargo de la verdadera situación provocada por los sucesos que habían tenido lugar durante la obscuridad de la noche, y se había descuidado en perseguir las fuerzas dispersas de los derrotados conservadores, le fué posible á Márquez reunir el día siguiente buen número de sus hombres, con los cuales inició su retirada al Estado de Querétaro á través de montañas casi impenetrables. Dicho Estado, como es bien sabido, fué durante el período de las guerras del imperio decididamente conservador. Allí fué recibido calurosamente por Tomás Mejía, los demás jefes conservadores y el partido de la Iglesia, quienes le dieron toda clase de facilidades para reclutar tropas. Márquez era hombre dotado de la misma admira-

ble actividad que distingue á Porfirio Díaz. Era trabajador infatigable y organizador excelente, y en esta oportunidad desplegó, como veremos, todas sus grandes dotes. Había sido derrotado en la Tlaxpana el 24 de Junio de 1861 y con tal motivo parte de sus fuerzas se dispersaron; de nuevo fué derrotado el 23 de Agosto del mismo año en Jalatlaco, donde perdió su artillería y casi todo su parque y donde gracias á la oscuridad de la noche logró salvar sus fuerzas de completo aniquilamiento; y á pesar de todo esto, en menos de dos meses después de haber cruzado las montañas con los restos del disperso y arruinado ejército conservador del sur, tenía de nuevo bajo su mando una fuerza bien equipada y suficientemente poderosa para amenazar la supremacía del presidente liberal en la misma capital de la República.

Con este nuevo ejército determinaron Márquez y Mejía atacar á Pachuca, entonces como ahora uno de los distritos mineros más ricos del país: y como Márquez era hombre cuyas resoluciones se convertían sin la menor demora en hechos, en el mes de Octubre de ese mismo año el ejército conservador apareció en el Estado de Hidalgo y se apoderó de la ciudad.

A la noticia de la llegada de esta fuerza, que contaba entre sus filas con muchos de los más célebres guerrilleros conservadores, cuyas partidas se habían hecho temibles por todo el centro y sur de México, se apoderó de la Capital de la República gran pánico tanto mayor cuanto que el ejército liberal al mando de González Ortega había marchado algún tiempo antes al norte del país, á sojuzgar á los cabecillas de las partidas proditorias de guerrilla que habían establecido en esas comarcas el reinado del terror. De suerte que la ciudad de México estaba sin otra protección que la de la Guardia Nacional, el escuadrón Leandro Valle y la gendarmería. Debido á la ausencia del ejército liberal los guerrilleros conservadores y numerosos ladrones, salteadores y asesinos habían infestado el Valle de México, y habían convertido las montañas que lo rodean en sus madrigueras de refu-



PACHUCA, ESTADO DE HIDALGO.

gio. Una veintena ó más de esta clase de partidas merodeaban por el valle y vivían del saqueo y el robo. Tan pocas garantías tenía por esos días la propiedad, que la mayor parte de las fincas rústicas y plantaciones habían sido abandonadas, y la pobreza, la miseria y el hambre amenazaban al país, y bandoleros, ladrones y salteadores mantenían el terror por todas partes.

Hasta la ciudad se encontraba dividida en bandos, pues aunque Juárez dominaba supremo, había dentro de la capital muchos simpatizadores de los reaccionarios, y éstos tenían además establecido aquí su cuartel general revolucionario y su centro de agitación. Agregados á esta organización habían muchos agentes á sueldo que sembraban el descontento entre el pueblo y fomentaban la revolución. De aquí, y por estos medios, obtenían informes los guerrilleros, salteadores y cabecillas de tan dudoso carácter, informes que les facilitaban sus irrupciones y saqueos; siendo la gran masa del pueblo la que sufría las consecuencias de semejante situación.

Los conservadores abrigaban la esperanza de que la intervención extranjera pacificaría el país, y que gozando de paz se establecería un buen gobierno y una política conveniente que diera seguridades á los habitantes y prosperidad á la Nación. Este era su programa; el cual lo apoyaba la Iglesia Católica sin reservas, pues ésta veía amenazados sus intereses por el agresivo programa de reformas de los liberales.

De suerte que el Ministro de la Guerra Zaragoza, joven y brillante militar, tenía inmenso trabajo sobre sí. Se veía obligado á dar duro para lograr mantener la supremacía de los liberales; mientras que los conservadores, con la esperanza de la intervención extranjera y el fuerte apoyo de la Iglesia, no tenían más que mantener el país en estado de guerra y una situación rayana en anarquía para llegar á la realización de sus planes: el establecimiento de los principios conservadores y la supremacía de la

Iglesia por medio de la intervención extranjera. Pues ya por este tiempo los jefes reaccionarios estaban en arreglos con el Gobierno Francés para establecer en México un imperio bajo el cetro hereditario de un miembro de alguna de las casas reales de Europa. Márquez, Tomás Mejía, Lozada, Butrón y otros jefes conservadores contribuyeron en gran parte, con el sistema de guerra que entablaron, á provocar la situación de anarquía que dió excusa para la intervención extranjera en México. Asolaban el país, incendiaban las villas y aldeas sospechosas de simpatizar con los liberales; á los viajeros les robaban sus caballos y demás pertenencias y á los propietarios sus cosechas, y dejaban siempre tras sí un reguero de sangre. A los jefes liberales que capturaban los ahorcaban incontinentemente: y así, por donde quiera que andaban inspiraban terror á los habitantes. Es muy natural, pues, que la aparición del ejército conservador en Pachuca llenara de alarma á la gente de la capital; que bien sabía las represalias que contra ellos tomaría Márquez si llegaba á apoderarse de la ciudad.

Apresuradamente Zaragoza organizó una fuerza compuesta del escuadrón Leandro del Valle, de soldados casi inutilizados é inválidos y de la gendarmería para defender la capital, y el resto de las fuerzas disponibles fué despachado á Pachuca al mando del General Santiago Tapia. Con este ejército iba el General Porfirio Díaz como comandante de los dos regimientos de Oaxaca. La marcha se hizo de noche para evitar que su salida de la capital fuera observada y que tuvieran oportunidad los espías de estimar su fuerza. El ejército tomó el camino directo de Pachuca.

Entre tanto Zaragoza declaró la capital de la República en estado de sitio, y se preparó para defenderla hasta el último extremo, en el caso desgraciado de que fuera rechazada la fuerza comparativamente pequeña mandada contra Márquez y Mejía. Puebla había sido tomada poco antes por los conser-



GENERAL SANTIAGO TÁPIA.

vadores, lo cual era una amenaza constante para la causa liberal, pues en esa ciudad tenían los guerrilleros un punto de reunión, de donde con facilidad se lanzaban á sus saqueos por el Valle de México, y aún llegaban hasta amenazar la capital. De esto resultó que muchas poblaciones vecinas cayeron en poder de los conservadores, y el Gobierno se veía obligado á mantenerse en inactividad, debido á la imposibilidad de reunir suficiente dinero para sostener un ejército más numeroso, y á la ausencia en el norte del General González Ortega. Por consiguiente, la situación era en extremo crítica y todo dependía aparentemente del resultado de la expedición contra Márquez que, como hemos dicho, había sido enviada á Pachuca al mando del General Santiago Tapia.

Cuando llegó Tapia á Pachuca supo que Márquez, con una fuerza tres veces más numerosa que la suya, estaba en la vecindad de Real del Monte, á poca distancia de la capital del Estado, y que estaba bien provisto de caballería y artillería.

El jefe liberal resolvió marchar inmediatamente contra el enemigo y fué secundado en esta determinación por sus oficiales, siendo entre ellos el principal el General Díaz, que mandaba los batallones de Oaxaca, compuestos de veteranos acostumbrados á ganar batallas bajo la dirección de su invicto jefe. Pero no era sólo Díaz el que entre los oficiales de Tapia había ganado ya fama y distinción para su nombre, pues esta expedición contaba con hombres como Mejía, Alvarez y Salazar, que inspiraban toda clase de confianza donde quiera que se encontraban.

Pero el ejército conservador estaba también dotado de oficiales que habían conquistado ya laureles y fama: en primer lugar se encontraban los dos jefes, el temible Tomás Mejía y el infatigable Márquez: estaban además Lozada, Butrón y otros, cuyos nombres inspiraban respeto y terror por todo el centro y sur de México.

El 20 de Octubre de 1861 las fuerzas liberales encontraron al enemigo que ocupaba una fuerte y bien

defendida posición, pues tanto Mejía como Márquez eran grandes maestros en estrategia, y de consiguiente no había más medio para desalojarlos que atacar directamente. Y esto fué lo que Tapia resolvió hacer sin la menor tardanza. Parecía locura atacar á un enemigo tres veces más numeroso, pero Tapia conocía á sus soldados y á sus oficiales, casi todos veteranos en el servicio.

El General Díaz con su brigada, que formaba la columna principal de las fuerzas liberales, se situó en una colina olvidada por el enemigo, y mientras que Tapia atacaba á los conservadores por un lado, Díaz y sus valientes de Oaxaca cargaban monte abajo con un ímpetu irresistible que barría todo á su paso. Fueron recibidos con un terrible fuego de fusilería que diezmaba sus filas, pero impertérritos prosiguieron su descenso y atravesaron el espacio que los separaba del enemigo, con el cual se batieron cuerpo á cuerpo en lucha despiadada por ambos lados.

Entre tanto las fuerzas de Tapia se lanzaban sobre el enemigo en medio del fuego agostador de la fusilería y de una batería de cañones de campaña. Pero el enemigo se vió forzado á retirarse ante el ataque combinado de Díaz y Tapia, y el primero, apoderándose de la batería enemiga volvió sus bocas sobre las fuerzas conservadoras, que se vieron así obligadas á abandonar el campo. Pronto terminó toda resistencia y el ejército de Márquez y Mejía se puso locamente en fuga por todas direcciones seguido de cerca por la caballería liberal, la cual logró dar alcance á muchos fugitivos y hacerlos prisioneros.

Esta victoria de los liberales costó al partido conservador un ejército organizado, muchos prisioneros, entre los cuales había buen número de oficiales, y su artillería. En la estrategia de la victoria no hubo nada nuevo: fué decidida ésta por el brillante ataque con tanta frecuencia practicado por Díaz; una carga violenta sobre el enemigo desde un punto inesperado, la captura de sus cañones y el uso de

éstos contra sus mismos dueños. Pero era un ataque que sus contendientes parecían incapaces de evitar.

A su regreso á la capital, después de la batalla de Jalatlaco, el General Díaz había sido objeto de muchas manifestaciones de aprecio de parte del Gobierno, del ejército y del pueblo: fué el héroe popular del día. Pero cuando regresó de Real del Monte á la ciudad, participó con Tapia de una de las más tremendas ovaciones hechas en México á un jefe victorioso. Una sucesión interminable de festejos proclamaba el gusto de los habitantes por haber sido librados del ejército de Márquez, y su gratitud por los dos ciudadanos que habían sido los factores principales en la derrota de las fuerzas conservadoras. El ejército, la gendarmería y la brigada que se habían preparado para defender la capital durante la ausencia de la guarnición; el pueblo, el Gobierno y las autoridades municipales, se excedían unos á otros en sus esfuerzos por honrar á los héroes victoriosos, á quienes llamaban salvadores de la patria. Esta demostración tan espontánea era la expresión de la reacción del estado de gran alarma que les causó á todos la proximidad de Márquez y sus guerrilleros, quienes habían mantenido la ciudad durante varias semanas en terrible expectación, y que habían sido con cortas intermitencias, una amenaza constante en el Valle de México por más de dos años.